

SELECCIÓN DE CUENTOS DE SYLVIA ZÁRATE MANCHA

EL ANTICUARIO

El cucú de un antiguo reloj suizo, daba la hora cada 30 minutos, en aquel cuarto enorme y alto del cual pendía un candil con cristales de origen francés que parecían apuntar como puñales a una mesa de caoba, con plancha de mármol e incrustaciones de porcelana; no había espacio para más objetos. El viejo anticuario esperaba un envío que había comprado en su última visita a París; ya era un poco tarde para que la vieja Ramona no hubiera llegado a asear su casa del siglo XIX, hecha con cantera rosa y viga donde se alojaban alacranes, que en las noches se desprendían y daban un enorme susto a Homero cuando caían en su fina manta de seda acolchonada; conocía bien el ruido.

Eran las 9.30 horas a.m., cuando se escuchó el timbre de la casa, al mismo tiempo que el reloj suizo la daba. Homero se dirigió al zaguán, una enorme reja blanca de hierro forjado separaba la vivienda de la entrada principal, caminó hasta donde se encontraba una puerta de madera apolillada con mirilla, la abrió y vio a Ramona con su rostro regordete donde se perdían sus pequeños ojos, que lo miraba con susto y, a la vez, como el que pide piedad. El viejo abrió la puerta, y le dijo:

—¿Qué pasó contigo? ¿Por qué tan tarde?

—Ay, patrón, disculpe usted. Se me hizo tarde porque mi muchacho comió algo que le hizo daño y no me dejó dormir, le he preparado un atole y...

—Anda, anda, no te disculpes más. Entra, almuerza y dedícate a tus labores en la casa que espero un paquete y tiene que estar limpia y lista la sala principal donde están las porcelanas y mesas.

—Sí, señor, está bien. ¿Qué quiere comer?

—Nada, hoy me levanté temprano y al ver que no venías, almorcé. Oiga, el guayabo del patio parece que se está secando; tal vez, no lo riegas como deberías o algún conejo trasnochado vendrá a regarlo con sus orines...

Homero había tenido mucho éxito en su negocio de antigüedades, las vendía en su mayoría a gente con grandes recursos económicos, tanta fue su fama que ya no ofertaba los artículos, sino que las personas iban continuamente a su casa, y a veces a deshora. En cada viaje que hacía compraba algo, por lo que ahora esperaba un juego de té de porcelana de Sévres blanco, con flores naranjas, muy fino, del siglo XVIII; pensaba en que lo vendería muy bien a un millonario excéntrico de la ciudad. Por lo que, en esta ocasión, no esperó a que vinieran otros clientes. Habían transcurrido algunas horas desde que llegó Ramona, cuando se oyó el timbre, la trabajadora corrió a la puerta, ya que se sentía un poco mal por haber llegado tarde, corrió la mirilla y vio un camión grande con el logo de una paquetería mundial, entendió rápido y llamó a Homero.

—Señor, parece que ha llegado su pedido.

—Voy —le dijo—. Tomó su billetera y salió a recibir la compra.

El empleado lo saludó y le pidió que se identificara. Al buscar su credencial, abrió la cartera, mientras el chofer esperaba al volante, y mostró un fajo de billetes que indicaban su holgura financiera. Homero hizo una mueca de disgusto por lo que, imprudentemente, había hecho; después sacó su tarjeta, le dio una propina, firmó y guardó rápido la cartera.

Le pesó un poco la caja por la envoltura de madera, cartón, unicel y cuanta cosa había por amortiguar de un golpe al juego de té tan bello y valioso. Homero entró a la sala, y en la mesa que horas antes Ramona y él habían despejado para exhibir la porcelana, puso la caja, la abrió y dijo en voz alta: «¡Joli, joli!» Luego, con sumo cuidado, desempacó cada pieza; las fue colocando de tal forma que a cualquiera le motivaría a comprarlo.

—¡Voilà, Ramona! —dijo—. Le gustaba hablar con expresiones francesas, así sentía que le daba un plus a su oficio de anticuario.

—¡Oh, señor, está precioso! Ojalá yo tuviera dinero para comprar algo parecido; bueno, no, mis tarros son bellos porque son de barro punteado, hechos en horno por artesanos de mi pueblo y el café me sabe muy sabroso —dijo la mujer, haciendo un ademán de desinterés y se fue rumbo a la cocina.

Homero, embelesado contemplaba su nueva adquisición que le daba un toque femenino al rincón de ese salón, donde había armas de diferentes épocas y un mueble vitrina que contenía relojes de pulso con incrustaciones de diamantes y alguno de oro. Tomó el teléfono celular, buscó en sus contactos a su cliente adinerado y le informó del bello juego de té que podría ser un buen obsequio para la esposa, que hacía ostentación de su abundante condición económica, cada vez que un mortal tenía la mala suerte de hablar con ella. El potencial cliente le propuso que mandaría a su mujer para que lo viera, y si a ella le complacía, seguro se lo compraría.

Con una sonrisa triunfal, el viejo vendedor, se dejó caer en un sillón estilo Luis XV, a contemplar la porcelana, cuando oyó que Ramona entraba a la habitación diciéndole:

—Señor, le he dejado preparada la comida y la mesa puesta, porque quiero pedirle que me permita salir antes de mi hora para atender a mi hijo.

Él la miró de soslayo, no le agradó mucho, pero le dijo:

—Ve, ve, y atiende a tu hijo, él ahora te necesita más que yo.

—Gracias, señor, hasta mañana.

Minutos después se escuchó que cerraban la puerta principal.

La alegría era máxima para el anticuario, sabedor de que su buen gusto y conocimientos le serían redituados por ese gran cliente, después caminó al comedor donde Ramona minutos antes había dispuesto todo, y comió abundante.

Acostumbraba a caminar por el enorme patio entre árboles y macetas llenas de flores de estación, como las “noches buenas” que se dan en invierno, por lo que a las seis de la noche ya estaba oscuro, sintió un poco de frío y se encaminó a su habitación, encendió la televisión. Así pasaron dos horas, en las que él se ponía al tanto de las noticias a nivel mundial, cuando oyó que tocaban aquel timbre de sonido armonioso. Se encaminó a la puerta, vio por la mirilla a un hombre de aproximadamente 30 años que, sonriente, le dijo:

—Buenas noches, ¿ya cerró? Me han hablado mucho de usted y sus piezas antiguas de hermosura extrema. ¿Podría verlas?, me interesa comprar un cuadro.

—Mmmm —murmuró el viejo—. Sí, ya cerré, y doy citas cuando excedo de mi horario.

—No se preocupe —contestó el hombre—. No tardaré mucho. Veré algunas pinturas, y solo tengo tiempo a esta hora, porque trabajo en las oficinas bancarias del sur. Usted puede informarse de mi persona, me llamo Federico Toledo.

—No hace falta, le creo.

El hombre le mostraba una tarjeta de presentación, para mayor credibilidad.

—Espere un poco, le abriré.

Homero buscó las llaves en la bolsa de su pantalón, las sacó y abrió el viejo portón.

—Pase usted —le dijo.

—Gracias, disculpe.

—Tengo un cliente en ese banco —expresó el anticuario—, se llama Martín Alameda. ¿Lo conoce?

—No, no lo conozco. Es que son tantos departamentos...

—Es raro, porque es el Director Adjunto.

—Tal vez, pero se me escapa su nombre.

Los dos caminaron a la sala principal donde exponía sus mejores piezas. El muchacho, bien vestido y pulcro, entró primero; sus ojos se deslumbraron al ver todos los objetos relucientes de gran valor que tenía el anticuario para la venta.

—Acá tengo las pinturas, ésta es de un gran pintor de paisajes —le dijo, Homero.

El hombre pareció no escucharlo, ya que su vista se petrificó al ver la vitrina llena de relojes.

—¡Oh, que grandiosa colección tiene! Me podría mostrar estos relojes, aquel de brillantes.

El vendedor se molestó un poco al ver que no le había puesto atención acerca del lienzo, pero rápido pensó en que podría vender algún reloj de oro...

—Por supuesto —le contestó el viejo.

Abrió con llave la vitrina y le depositó en su mano la caja con la pieza. La mano temblorosa del hombre lo sacó del estuche, el sudor le corría por su frente y fingiendo una naturalidad que no tenía, le dijo:

—¿Cuánto quiere por él?

Homero hizo una apología del reloj y le comunicó que su costo era muy elevado por haber pertenecido a un destacado aristócrata mexicano, y que el pago se tenía que transferir pronto, previa firma de un contrato de compra-venta.

—No dude usted de mí, mañana estaría todo finiquitado, solo tengo que hacer algunos movimientos bancarios.

—¿Y la pintura? —le dijo, Homero.

—Ya no me interesa, los relojes me han seducido. Oiga, ¿qué tiene en el otro cuarto que se ve muy iluminado?

—Ah, es la habitación donde expongo los objetos más comunes y de menos valor.

—Me gustaría ver —dijo el joven bien vestido.

Homero dudó... Antes de ir a la habitación, depositó el reloj en su caja y cerró la vitrina. Al momento de hacer esto, le dio la espalda al sujeto, que aprovechando que no lo tenía de frente se le fue encima y lo tomó por el cuello inmovilizándolo. Fue cuando el viejo anticuario lo reconoció: era el hombre que conducía el vehículo de la paquetería y que nunca se bajó. Por un instante, comprendió todo y recordó cómo su compañero había visto su cartera llena de dinero. La mente es ágil e hiló la trama de esos pillos que de seguro alquilaron el elegante traje que portaba y asimiló el error que su avaricia lo había inducido a cometer. Sentía que lo asfixiaba, sus rodillas le temblaban y alcanzó a oír que le decía: «Pinche viejo tacaño, tú eres una antigüedad también y vales mucho menos de lo que posees». Al sentir que se ahogaba, Homero, que en su juventud había estudiado artes marciales, preparó toda su fuerza, que nunca pensó que la tendría aún y, aunado a la característica que tiene todo ser humano, que es el instinto de conservación cuando un peligro le acecha, alzó sus brazos, tomó los del hombre, luego lo levantó por encima de su cabeza, cayendo al piso, dándose un fuerte golpe en la nuca, después corrió el anticuario y tomó una vieja espada a manera de defensa; el ladrón trató de incorporarse, lo iba a hacer, cuando de pronto se desprendió un enorme alacrán negro de una de las vigas del techo y le cayó en su boca, fue tanto el horror sentido por el asaltante que el sudor en su cuerpo se incrementó y le corrían chorros por su sien, trató de no moverse y le suplicaba al viejo que lo auxiliara. Él le miraba entre asustado y burlón, cuando el alacrán, al sentir que movía la boca, le clavó el aguijón en su labio inferior muriendo al instante de un paro cardíaco, no por el veneno: el miedo había superado al arácnido.

EL RUMOR

El auto deportivo rodaba por la ciudad, en él iban una pareja de jóvenes novios, Octavio y Melania. Era domingo y disponían de la tarde noche para ir al cine, pasaban una de esas películas que hay por cientos. Llegaron a tiempo para comprar los boletos. Octavio abrazó a su novia y la condujo al interior de la sala en penumbras. Había únicamente dos áreas de butacas, las separaba un estrecho y largo pasillo.

Era de esos cines a la antigua, con proyector viejo y una pequeña dulcería donde se vendía la bebida oscura de siempre, dulces y palomitas. Octavio le preguntó a Melania si gustaba de comer alguna golosina, ella le respondió que no, porque al comer se hace ruido y molesta a los cinéfilos. “Yo sí compraré palomitas”, dijo Octavio, y se fue a la dulcería.

El ambiente dentro era de mucha charla, y alguna pareja se besaba esperando se apagaran las luces para dar rienda suelta a la libido. Por el pasillo central venía Octavio con una bolsa grande de palomitas de maíz y una bebida; se abrió paso entre la gente que estaba ya sentada en su fila y se dejó caer en el asiento. Comenzó a meter la mano en el envase una y otra vez sin invitar a Melania que, por prudencia, no le decía nada al novio acerca del ruido que hacía cada vez que metía

los dedos al maíz y llevarlos a la boca... Ella ya sabía en qué acababa ese ritual: Octavio al terminar soplabla un poco dentro de la bolsa y la tronaba, para después reírse ahogadamente.

A los pocos minutos se encendió la pantalla, pasaban toda clase de anuncios, cortos de otras películas y, finalmente, la ansiada cinta. A Melania le resultaba tedioso el film, no así a su pareja que disfrutaba de ver a soldaditos con rifles matando a todo lo que se movía. Habían pasado unos 50 minutos de proyección, cuando en la sala se empezó a oír un murmullo, los oídos de la joven prestaron atención, no dijo nada, solo volteó a mirar a Octavio que embelesado no parecía haberse percatado del rumor. Así pasaron otros minutos y el rumor seguía creciendo en las filas y en los decibeles. Al fin el joven dijo: "Qué pasa, qué dicen, no alcanzo a distinguir." Melania le respondió: "No lo sé, pero algo sucede. Escucha, ya no son rumores, son voces altas, y van corriendo como río de butaca en butaca." Octavio miraba a la gente con temor, los dos no se movían, luego preguntó al señor de la fila de adelante qué pasaba, y le contestó: "Lo ignoro. Pero veo que la gente tiene pánico en sus ojos"; al acabar de decir esto, los que estaban en la fila de hasta abajo, comenzaron a pararse de las butacas y primero caminaron aprisa, después a media sala, donde estaban Octavio y Melania, echaron a correr despavoridos. Y así las de en medio y hasta atrás hicieron lo mismo. Se oyeron gritos, maldiciones, y algunos saltaban los asientos como si fueran obstáculos de carrera de atletismo. Sus ojos desorbitados solo miraban un objetivo: la puerta de entrada, que no era muy grande. Octavio, al sentir el terror, le gritó a Melania:

—Vámonos.

—No. Porque moriríamos aplastados por la muchedumbre que va corriendo aterrorizada.

En eso se encendieron las luces y se dejó de proyectar la película. Melania más tranquila y con control sobre sí misma, le dijo:

—Ve hacia el muro del pasillo y pégate a él. Ahí nos quedaremos.

—Pero, ¿cómo? Si todo el mundo corre, ¿nosotros no?

—Que no ves su espanto, es colectivo, es psicosis —gritó Melania—. No veo nada, no veo ninguna amenaza, nada se derrumba, nada se quema... Los balazos de la película no salen de la pantalla, solo parecen borregos yendo todos a un desfiladero. No me muevo de aquí hasta que toda esa gente haya alcanzado la calle.

A pesar del pánico, Octavio obedeció a su novia y se quedó inmóvil, adosado a la pared. Pasados unos quince minutos, la gente que no había corrido hacia la puerta se preguntaba qué era el motivo de la estampida. Nadie sabía responder. Solo olían el terror inventado y alimentado por ellos. Al ver que sus vidas no estaban amenazadas, las personas retornaron poco a poco a sus lugares y se reanudó la proyección.

LA ESCUDILLA

In memoriam de un ancestro.

No todos los siglos son iguales, y más cuando la penumbra es testigo de historias que nacían al transcurrir el siglo XIX en una pequeña población en lo que hoy es el Estado de Guanajuato.

Las señoriales casonas construidas en el México que emergía de movimientos independentistas, contrastaban con las humildes viviendas del pueblo oprimido que vivía al día en aquellos callejones estrechos donde palpitaban corazones desnudos. No así en los senderos de mansiones con dueños acaudalados y de prosapia.

Había entre esas familias jóvenes entusiastas, rebeldes, que gustaban de salir a pasear y parrandear por la noche. Sobresalían tres muchachos con la belleza que da la juventud; el primero se llamaba Francisco Raúl, que llegó a ser Ingeniero Metalúrgico, escribía poesía y era barítono, de carácter alegre y bromista; el segundo, Everardo, que le apodaban “El Pato”; y el tercero, Mateo, de un carácter más tranquilo. Francisco Raúl era el descendiente del alcalde, señor de severo carácter, diferente al del hijo, a quien le gustaba divertirse con sus amigos, los cuales acudían a casas non sanctas, al mismo tiempo que bebían hasta quedarse prácticamente dormidos en las cantinas y lugares a los que acudían, ya que gozaban de privilegios como hijos de hacendados y caciques de pueblo. No obstante, los jóvenes eran apreciados por su carácter alegre, bohemio y, en ocasiones, generoso. Nunca se preocupaban por quedar bien con la adusta y cerrada sociedad de aquella época, que despreciaba y humillaba a los pobres.

Francisco Raúl lo sabía muy bien y disfrutaba de decir frases atrevidas y fuera de lugar, con el único objetivo de molestar a esa gente que él llamaba “beatos de rodilla ensangrentada”, por ir continuamente a los templos y darse golpes de pecho con la mano derecha, y con la siniestra llevar una vida doble y licenciosa, como el padre de Mateo que era bien sabido tenía hijos con toda su servidumbre. En cambio, la familia de Francisco Raúl, era más recatada, y no gustaba de alardear su riqueza; tal vez, el remordimiento le invadía por el profundo abismo entre las clases sociales de ese siglo.

En una de esas andanzas, los jóvenes fueron a vacacionar a lo que hoy es Ciudad de México. Tanto pasearon y gastaron que se quedaron sin dinero. Viendo esto, Francisco Raúl le escribió a su padre lo siguiente: “Yo estoy bien y sin dinero. Al Pato le supura la herida, y Mateo está en la cárcel. Mándame, por favor dinero.”

Cómo no era mucha población en aquel lejano pueblo, las personas se conocían a fuerza de verse todos los días; y, con mayor relevancia, en las pomadosas fiestas que se efectuaban para celebrar esto, aquello y lo otro. Siendo en estas tertulias donde, además, de hacer ostentación los anfitriones de su oro y vestuario, lo hacían de sus vajillas, copas, cenas opíparas y objetos de ornato, que

habían venido años atrás en la Nao de China: buques que navegaban por las aguas claras del océano Pacífico.

En algunas de esas noches llenas de lujos, bebidas y comidas, se encontraban las madres de Everardo y Francisco Raúl, que veían con malos ojos la conducta de sus hijos, por ser la comidilla diaria del pueblo. Rosaura, mujer devota y madre de Everardo, le decía a Virginia:

—Cómo me gustaría que mi hijo casara con tu bella y casta hija, que es una excelente muchacha. Sabe bordar, tejer y cocina como tú, que eres una mujer buena en esos menesteres.

—Lo dudo —le dijo Virginia, mujer sabia y culta—. Mi hija, aún está muy joven para adquirir grandes responsabilidades; además, a ella no le gusta ir al templo.

—Tal vez, y tengas razón. Ese matrimonio acabaría en tragedia —contestó Rosaura, e hizo un mohín de disgusto ante el certero comentario de Virginia.

Esas reuniones eran sumamente aburridas para los tres chicos, que una vez que comían y bebían hasta el hastío, recorrían cantando los callejones de aquella población, por lo que a la mañana siguiente estaban de nuevo en boca de todos.

Los domingos los habitantes acudían a oír la misa que oficiaba el párroco del lugar. Para los tres amigos, aquello era una tortura medieval; se sentaban juntos y desde su banca cuchicheaban hasta que algún feligrés los callaba. Durante la celebración eucarística, el sacerdote se dirigía a los católicos y los conminaba a elevar sus peticiones al creador; en solemne responsorio los animosos jóvenes reían disimuladamente y Mateo le decía a Francisco Raúl que hiciera su petición, y así todos los fieles le responderían pidiendo por el alma de Everardo. Entre codazos y risas ahogadas Francisco Raúl pasó saliva, inhaló y exhaló, y con una voz engolada profirió: “Pedimos por Everardo El Pato que murió de sífilis”. La solicitud del joven rompió el silencio y solemnidad de la misa, se oyeron comentarios en voz baja, risas y frases entrecortadas, como la que expresó la dama enjoyada que se encontraba delante de los muchachos: “Qué Cristo lo haya perdonado. ¡Ave María Purísima!” Todos los presentes voltearon el rostro para saber quién había dicho semejante blasfemia en un lugar tan sagrado. Los tres amigos salieron presurosos del templo, sabedores de que para ellos era una más de sus travesuras como niños con pelota nueva.

Así pasaba la vida de los muchachos, entre estudios, misas, juergas y desmanes. En una noche, sin que se hubiese asomado la nostálgica luna, los tres amigos salieron como de costumbre a pasear y a beber; lo hicieron hasta muy tarde. Iban tambaleándose por las estrechas y oscuras callejuelas del pueblo, y no dejaban de bromear y de decir incoherencias. Ellos esperaban una noche tranquila, y allí la tenían, cuando delante de sus ojos apareció entre las casas totalmente oscuras y de aspecto lúgubre por las circunstancias de la noche, una humilde vivienda. Tenía una pequeña puerta de madera y una sola ventana, de la cual se desprendía un haz de luz de una veladora, cuyo pabilo y flama no dejaban de oscilar. Los tres amigos, como si un rayo los hubiera alcanzado, se detuvieron ante la espectral imagen; se miraron asombrados, luego, con paso corto y expectante, se acercaron a la vieja y deteriorada puerta. Francisco Raúl vio que estaba entrecerrada, atisbó por ella, y su rostro se tornó de una expresión de asombro y espanto. Sus compañeros, inquietos, querían también observar. La escena, adentro, era la de un cuerpo masculino inerte sobre un petate, que es una alfombrilla hecha de fibras de palma,

haciendo las veces de ataúd, a su lado estaba una vela. Como única doliente, una señora de avanzada edad que, de rodillas, velaba y rezaba a su muerto; sus ropas eran humildes, así como la habitación en que se encontraba. El rostro de la mujer era severo e impenetrable; sus ojos inamovibles y fijos, se clavaban en el cadáver; sus manos, huesudas en reposo, no parecían orar, el cansancio y el dolor la superaban; a su diestra y en el piso, había una escudilla, vieja y opaca, a manera de recibir monedas.

Francisco Raúl, Everardo y Mateo, quedaron atónitos con aquella escena de tanto dolor y miseria que se podía respirar. Al momento, recobraron sus cinco sentidos y la compostura y respeto los invadió, se vieron y entre los tres juntaron unas pocas monedas para ayudar a aquella infeliz y desgraciada mujer. Mateo tomó las monedas, se acercó a la mujer y depositó en la escudilla lo reunido entre ellos. Después volteó a mirar al cuerpo inerte, se persignó; sus amigos hicieron igual, y salieron de la humilde casa.

A la mañana siguiente, se volvieron a reunir los amigos e imbuidos aún por el velorio de la noche en aquella pequeña casa, lo comentaron y decidieron ir y apoyar a la mujer. Iban los tres muy condolidos. Ya acercándose al lugar se encontraron con un vecino, le preguntaron por el difunto y su suerte. Muy sorprendido les comentó que esa casa tenía mucho tiempo deshabitada, y que era imposible que alguien viviese ahí, y menos velar un cuerpo sin que nadie se hubiera enterado.

—No, muchachos, esa historia que me cuentan es producto de sus andanzas trasnochadas. Mejor vayan a contarle eso a los niños, y soltando una fuerte carcajada siguió su camino.

Los jóvenes no podían creer lo que el señor les había dicho. Caminaron unos cuantos pasos hacia la casa, se detuvieron frente a ella, y con un total respeto Francisco Raúl abrió la puerta que estaba como anoche entreabierta. Los tres entraron. Lo que vieron los conmovió hasta dentro de sus sentimientos. Un frío les corrió por la humanidad. No había ningún cuerpo, ni la mujer con rostro enjuto, y solo se encontraba el petate y la escudilla, con las monedas intactas que ellos mismos habían dejado.

Desde ese día, la vida de los tres ilustres jóvenes cambió.

Sylvia Zárate Mancha (Ciudad de México, México). Licenciada en Derecho. Poeta, narradora y ensayista. Cursó estudios de inglés y francés. Ha publicado en: *Antología Erótica Punto G*, Miami, Florida, E.U.A., 2015; poemas y cuentos suyos aparecen en la Revista Cultural Digital “Calle B” (2015, 2019, 2022, 2023), Cumanayagua, Cuba; un cuento y un artículo suyos aparecen en la Revista Cultural “La Lupa y el Búho”, Argentina, 2017. Publica un cuento en la revista literaria “En sentido figurado”, nov/dic, Ciudad de México, 2022. Un poema suyo aparece en la revista literaria “En sentido figurado”, ene/feb, Ciudad de México, 2023. Poemas suyos aparecen en *Cantos de invierno -Antología poética-*, Academia Literaria de la Ciudad de México, A. C., Academia Nacional e Internacional de Poesía, SMGE, sede CDMX, 2023. Ofrece una lectura de poesía en La Librería de La Casa de la Cultura de Morelia, Michoacán, México, 2019. Ofrece una lectura de poesía en la Biblioteca Pública Central “Francisco J. Mujica”, Morelia, Michoacán, 2019. Ofrece

una lectura de poesía, Casa del Adulto Mayor “Las Rosas”, invitada por la Academia Literaria de la Ciudad de México, A. C., Ciudad de México, México, septiembre 18, 2019. Es entrevistada y ofrece una lectura de poesía en el programa Ex Libris, que se trasmite por la estación de Radio Nicolaita, de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, septiembre 8, 2019. Ofrece una lectura de poesía y presenta su libro *Los celajes del tiempo* (poesía), en la Feria del Libro de Ocasión, Museo Casa Natal de Morelos, Morelia, mayo 3, 2022. Participa en el programa Ex Libris, que se trasmite por la estación de Radio Nicolaita, de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Museo Casa Natal de Morelos, Morelia, mayo 8, 2022. Ofrece una lectura de poesía y presenta su libro *Los celajes del tiempo*, en la inauguración de la Tercera Feria del Libro de Ocasión, Museo Casa Natal de Morelos, Morelia, diciembre 10, 2022. Ofrece una lectura de poesía, en la Tercera Feria del Libro de Ocasión, Museo Casa Natal de Morelos, Morelia, diciembre 11, 2022. Ofrece una lectura de poesía en la Tercera Feria del Libro de Ocasión, Museo Casa Natal de Morelos, Morelia, diciembre 16, 2022. Participa en el Festival Internacional de Poesía (FIP), XVII edición, en la Biblioteca del Bosque Cuauhtemoc, Morelia, Mich., México, 26 de mayo, 2023. Participa en el Festival Internacional de Poesía (FIP), XVII edición, en la Casa Taller “Alfredo Zalce”, a un Taller de Poesía, Morelia, Mich., México, 27 de mayo, 2023. Participa en lecturas virtuales y festivales, nacionales e internacionales. Tiene publicado el libro de poesía *Los celajes del tiempo*, Amazon, USA, 2020; y el libro de cuento *El reflejo en el pozo y otros cuentos*, Amazon, USA, 2023. Tiene un libro inédito de poesía y varios libros inéditos de narrativa.